

«Narrativas Históricas y Sociedad en el Perú» Constructos analíticos actuales sobre la realidad nacional

Manuel Castillo Ochoa
Universidad Ricardo Palma, Lima, Perú
mcastochoa@yahoo.com

RESUMEN

A partir de la segunda década del siglo XXI en la sociedad peruana la situación política se polariza. Surgen, de esa forma, «narrativas» encontradas que buscan justificar su accionar político. El presente ensayo pretende, justamente, dar cuenta de esas narrativas que denominamos históricas. Su origen, argumentos, y propuestas, y a la vez indagar, desde la «perspectiva hermenéutica, sobre» la importancia que ellas adquieren como componente semántico fundamental en las sociedades actuales. Su relación con las corrientes teóricas interpretativas y discursivas.

PALABRAS CLAVE: Narrativa, dualidad histórica, acontecimientos históricos, interpretación, hermenéutica

«Historical Narratives and society in Peru» Current analytical constructs about National Reality

ABSTRACT

Since the second decade of XXI century in the Peruvian society the political situation has been polarized. Narratives emerged in this context and try to justify their political activity. The essay seeks to show specially, these narratives recognized as historic. It also pretends to show its origin, arguments, and proposals. Moreover, from the «hermeneutic perspective», it intends to investigate about the importance that they acquire as a main semantic component in current societies. As well as their relation to the interpretive and discursive theoretical tendencies.

KEYWORDS: Narrative, historical duality, historic events, interpretation, hermeneutics

Ciencias Sociales

Desde los años cincuenta en América Latina y con mayor precisión desde que se inicia el campo de las ciencias sociales en los estudios latinoamericanos, es decir, y generalizando, pues el surgimiento y la emergencia de las mismas fue en fechas diferentes dependiendo de cada país, los años sesenta se consolidó lo que, a partir del libro de Snow, escritor inglés, se denominó las dos culturas en el campo del conocimiento científico. Aun cuando lo afirmado por Snow es bastante antiguo y han pasado muchas aguas debajo del puente, su clasificación dual de las ciencias bien puede servirnos para esclarecer algunos puntos¹. Por un lado, las ciencias naturales con sus especificidades cognitivas, su metodología propia, y sus formas de validación y verificación también propias, y por otro lado, las ciencias sociales que al contrario que las anteriores tenían sus propios objetos de estudio, sus metodologías, como así mismo sus propias formas de validación y de verificación. Eran dos mundos diferentes en el campo de las ciencias y no muchas veces se tejieron grandes polémicas unas respecto de otras. Las ciencias naturales se consideraban con mayor científicidad pues a partir de sus análisis se podía lograr hacer predicción mayormente validadas y, al contrario, algunos objetaban que las ciencias sociales pudieran lograr lo mismo pues el propio objeto de su quehacer, la lógica de la conducta social era imprevisible por naturaleza. Los comportamientos colectivos no son triviales ni predecibles con cierta absolutividad.

Hacia fines de los años ochenta y después de muchas adversidades y discusiones en torno a las dos naturalezas de la ciencia, y con la fuerte presencia que fue adquiriendo el pensamiento y los trabajos de Jurgen Habermas en esa década en adelante, la dualidad se fue convirtiendo en tipos de saberes. Así se supone, siguiendo el pensamiento de Habermas, que existen tres tipos de saberes. El saber de las ciencias de la naturaleza también denominadas ciencias duras, el saber de las ciencias sociales también conocidas por sus especificidades como ciencias blandas y el saber emancipador que Habermas incluiría como un tipo de saber que mira hacia el futuro y el cambio social².

Lo que diferenciaba a cada uno de estos tipos de saberes era su recurso metodológico, sus herramientas de observación tanto desde su enunciación como sus resultados u objetivos de cada una de ellas como su interés de conocimiento que Habermas colocaba como fundamental. No se puede excluir el interés (...o los intereses) en el conocimiento pues los hombres son intencionales en sus actos tal lo demostraba Habermas retomando a Brentano. De esa manera el objetivo de las ciencias de la naturaleza era la transformación del mundo exterior circundante a la especie humana y que está trata de dominar o, alterándola a su favor, producir bienes. Para esto, desde Bacon y Newton

1 Sobre el tema puede verse nuestro ensayo «Teoría y conocimiento social: nuevas corrientes en las ciencias sociales» en *Revista de Sociología* No.16-17. Ediciones Universidad nacional Mayor de San Marcos, Lima, 2006.

2 Habermas, Jurgen. *Conocimiento e interés*, Ediciones Taurus Humanidades, Buenos Aires, 1990.

(Koyre, 2007) en adelante, la física como la alta matemática presta, como herramientas de observación y verificación, indudable, ayuda. El encuentro de los algoritmos se basa en regularidades matemáticas de las cuales se pueden desprender regularidades de la naturaleza para su mejor dominio y transformación. En cambio, en las ciencias sociales se trata de la pragmática de la reproducción de la especie humana y cómo conocer la lógica de la conducta de los «otros», es decir, de los otros de la especie. Por lo tanto, se sitúa en la inter comunicación, en la inter subjetividad, donde el lenguaje y los juegos de la misma, produciendo ideografías y abstracciones en el mundo interior de la especie, ideas, imaginarios, concepciones, etc., etc. nos permiten, si logramos conocer esas «ideas» que revolotean en la cabeza de los hombres, porque actúan de una u otra manera. He ahí el secreto de la lógica de la conducta social. Ciertamente eso no lo es todo pues entre el desear lograr algo y lograrlo hay una tremenda distancia tal como los señalará Elster al introducir el concepto de «racionalidad imperfecta» (Elster, 1989) en el análisis y la acción social.

La especie humana —y permítasenos aludir casi a lo obvio— a diferencia de la especie animal no actúa por instinto, primero piensa y después actúa. Conocer sus pensamientos es indispensable para saber qué hará. Esas ideas, pensamientos, concepciones le dan consistencia para observar y situarse frente a la realidad exterior. La producción de las mismas es una construcción social que fermentada ideográficamente y transmitida generacionalmente forman el mundo interior sustantivo de las diferentes colectividades³. La lógica del sentido y de las motivaciones de vida y de la existencia cotidiana se encuentran ahí. La especie humana se enfrenta a un mundo exterior que busca dominar y transformar, y a un mundo interior que también debe saber usar, dominar, que a fuerza de descolocar y patologizar al propio ser humano puede reconducirlo y descentrarlo de su convivencia diaria (Habermas, 1981, 1975).

Desde los años ochenta hasta la actualidad, aún con la cantidad de polémicas, escuelas, exclusiones, revisiones y aportes que se han hecho sobre los tres tipos de saberes el canon metodológico que colocó Habermas se sigue manteniendo vigente. Se conoce que posteriores escuelas discutirían que aun las ciencias naturales también eran tan indeterminadas como el saber social y que el arduo y deslindante tema de la predicción y no predicción también acaece en el campo de las ciencias naturales como en el de las ciencias sociales. Con la influencia de la escuela post estructuralista de Foucault, el pensamiento complejo de Morin, la fenomenológica husserliana y los aportes de la escuela lingüística con su derivación en la hermenéutica del lenguaje, se ha tratado de mostrar que incluso las ciencias del saber de la naturaleza se indeterminan, pierden precisión y previsibilidad y no se ajustan tanto a una saber valedero, impersonal y universal sino

3 Habermas, Jürgen. «Un concepto de crisis basado en las ciencias sociales» en libro *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1975.

que ahí también ingresa la imprevisibilidad, lo no trivial y la pragmática comunicacional de los científicos y sus juegos cognitivos. El laboratorio también se tiñe de política y de interés tal como señalan Bruno Latour y Steve Woolgar (1979). Pero aun así y aun cuando la polémica y las disquisiciones y mutuas excomuniones sigue abierta, todavía en la gran mayoría de la especie humana la ciencia no pierde esa aura renacentista de su tarea liberadora de los males que nos puede acarrear la naturaleza. La ciencia sigue siendo gay como diría Nietzsche (1989).

Por eso es conocida la diferencia que existe entre las temáticas, problemas y polémicas que mayormente se ubican en el área de las ciencias sociales, y aquellas que se colocan en el lado de las ciencias naturales. La diferencia no sólo estriba en sus respectivos «objetos de estudio» ni tampoco en las perspectivas conceptuales o sus medidas de validación respectiva, sino también en que las primeras —las de las ciencias sociales— no pueden eliminar del todo las propias preferencias del expositor, mientras que las segundas sí pueden maximizar al mínimo la posición del exponente.

Es decir, mientras que en el campo de las ciencias sociales no se puede dejar de introducir, del todo y con radical separación neutra, la subjetividad del expositor, las segundas —la de las ciencias naturales— se basan mayormente en «objetividades» (léase mediciones») que cruzan varias posiciones ideológicas y pueden alcanzar un consenso entre varios puntos de vista e intereses respectivos. La impersonalidad del método puede conducir a la universalidad objetiva y a los entendimientos de los investigadores aún cuando sus preferencias morales y políticas sean sumamente diferentes y marcadas. Esto no es así en el área de las ciencias sociales y es lo que hace que muchas veces se dificulte una exposición neutra en el área de las ciencias sociales, y sin embargo, creemos, esta «neutralidad», hay que tratar de preservarla, aun sabiendo de las dificultades que al tratar temas de sociedad y ciencias sociales se vuelven sumamente complejas.

Refiramos lo anterior al análisis de la sociedad y a lo que se conoce como Realidad Nacional. Tal como se conoce la Realidad nacional o el análisis de la sociedad peruana actual se la puede enfocar desde diversos puntos de entrada y también desde diversas posiciones y enfoques. Sin embargo y para simplificar las diversas posiciones nos vamos a referir a las dos que actualmente tienen los debates sobre la sociedad o realidad nacional actual. Son tipos de perspectivas de análisis o estilos de focalización que, posteriormente, como se verá, se encuadran como «narrativas» que han adquirido una importancia inusitada desde hace un tiempo atrás y se han exacerbado más hasta alcanzar una polarización ideológica extrema en los avatares políticos que nos circundan. Obviamente aquí estamos sobre simplificando pues existen varias posiciones más con sus diversos dispositivos conceptuales sobre la realidad nacional. El ánimo que nos lleva a la sobre simplificación es porque el propio análisis de la «sociedad» ingresa a un juego reduccionista bajo esas «preferencias perspectivistas» expositivas, antes que a la complejidad cómo en los análisis de excelencia académica.

La narrativa «dualista»

La primera de ellas hace referencia a lo que Jorge Basadre desde la década del treinta denominó el «Abismo Social». Según este enfoque lo que daba la particularidad y no se podía soslayar cuando se analizaba la Realidad Nacional era que en el Perú cohabitaban dos «Países» bajo un mismo designio supuestamente integrador de estatalidad nacional. El Perú Oficial, criollo, mayormente limeño y costeño, y el Perú profundo, andino, popular. Esta «Dualidad» no era nueva y la configuración de este legado se dio bajo la colonia y con mayor intensidad después de la derrota de Tupac Amaru II. Se configuraba, en la metáfora basadrina heredada de los españoles, como las «dos repúblicas». La república de Blancos, en sus dos expresiones de españoles peninsulares y americanos (hijos de españoles nacidos en América) posteriormente denominados criollos y la república de indios, que, como señalamos anteriormente, con la derrota de Tupac Amaru, se dejó de clasificar a los indios como nobles u orejones, miembros de la casa real de Cusco, y simplemente se les estandarizó hacia abajo homogenizándolos como indios Hatun Runas. Según la visión basadrina y prácticamente desde la conquista hasta cuando él escribió su conocida tesis en el libro «Perú: Problema y Posibilidad» (1931) eso marcaba férreamente a la sociedad peruana en su conjunto. Posteriores analistas mantendrían esa posición.

Esta clasificación «Dual o Dualidad» de la sociedad peruanas se configuraría inicialmente con los dispositivos del virrey Toledo cuando introdujo las «reducciones» en 1569 y dio inicio a lo que se denominaría la «República de Indios». En contraposición, emergería la «República de Blancos» compuesta por lo que, en ese entonces, se adscribían y conocían como Españoles peninsulares y Españoles Americanos. Los primeros eran los que habían nacido en la península ibérica y los segundos, hijos de un español casado con una mujer española, habían nacido en América. Se les denominaba también criollos y al inicio colonial no sólo componían ese estamento los hijos de españoles sino se incluían, así mismo, a los hijos de esclavos nacidos en América. Hijos de esclavos de origen africano. Emergería así lo que posteriormente el historiador Magnus Mörner (1974) denominaría sociedades pigmentocráticas en las que el pigmento o color de la piel se utilizaba como criterio de clasificación racial. La escala pigmentocrática iba, supuestamente, del color de piel más oscuro -negro inferior- hasta el supuesto color blanco, racialmente superior. El virrey Amat haría de esta clasificación por el color de la piel una manera para conocer los diversos tipos de familia que iban surgiendo en el Virreinato, y para ello mandó a retratistas hacer pinturas sobre la diversidad de familias de diversos colores fenotípicos que iban apareciendo (Portocarrero, 2013).

Esta clasificación dual (República de blancos y República de Indios) o esta dualidad clasificatoria se mantendría a lo largo de todo el periodo colonial virreinal e incluso, según su propuesta, no cambiaría en la independencia y funcionaría como clasificación

imaginaria en los miembros de la sociedad peruana a lo largo del siglo XIX republicano (reciclandose como Republica de Criollos y República de Indios), se mantendría también a lo largo del siglo veinte y, para algunos analistas todavía estaría vigente, ahora como residuo ideológica del imaginario nacional en lo que se denomina la vigencia de la «racialización» hasta en actual siglo XXI (Quijano, 2014). Por ejemplo, eso se refleja con nitidez en el conocido texto de Matos Mar «El Desborde Popular o el nuevo rostro del Perú» escrito en 1984 en la cual utiliza conceptualmente la separación de la sociedad peruana en dos bloques duales, la república de blancos y la república de indios. También la mantiene Hernando de Soto, sólo que él moderniza la tesis introduciendo a los actores de la informalidad y formalidad. A partir de la metáfora del abismo social o de la dualidad de la sociedad peruana se han tejido incontables ensayos, estudios en la historiografía, sociología y antropología nacional hasta conformar un sentido común de mayorías que llega hasta los libros de colegios. Pero si seguimos con las figuras metafóricas ella se graficaría como una típica pirámide: en la cual en el cono superior se encuentra la clase más privilegiada, y en la ancha base inferior, las clases populares menos favorecidas.

Esta metáfora que busca graficar y de muchas maneras lo consigue con elocuencia, logró su consolidación a fines del siglo XIX en la obra de Gonzales Prada especialmente cuando se refirió al desconocimiento del indio en el mundo criollo nacional y que no podía fundarse una república plena sino se la integraba y solucionaba como problemática urgente. Y fue cristalizada por las corrientes indigenistas en los años veinte. Se la revitalizó por la conocida generación del Centenario en la cual participarían y se adscribían a ella autores como Mariátegui, Haya de la Torre, Prado, etc. Continuaría con la generación del cuarenta en autores como Castro Harrison, Valcárcel, Uriel García, etc. Posteriormente en los sesenta ingresaría, junto al nacimiento de las ciencias sociales en el Perú, y desde mediados de esa década y a lo largo de los setenta sería nuevamente revitalizada por lo que serían los patriarcas de las ciencias sociales críticas entre nosotros. Cotler, Quijano, Bonilla, etc., etc. Y continua hasta la actualidad pues de la «dualidad» podemos cerciorarnos todos los días, así como, técnicamente, de la excesiva desigualdad peruana y las exclusiones que guardan todavía mucho del legado (herencia) colonial. Al final de cuentas se constituye en lo que en la actualidad y mediante el auge de los medios de comunicación, la globalización y la presencia de los mass media y la cultura simbólica de masas de denomina «Narrativas».

Una «narrativa» es, entonces, una construcción semántica creada ex profeso para observar la realidad a través de unos constructos que «ordenan» la mirada, constituyen la explicación del orden social observado y filtran los componentes que la realidad nos entrega para ordenarlos en un todo coherente. Ordenado como un todo coherente explicativo toda narrativa encierra conceptos, abstracciones, esquemas, ideas, dispositivos cognitivos, gráficos mentales, sigmas y sintagmas, significados y significantes que nos

dan cuenta de la realidad para «mirarla» tal como la narrativa nos la propone. Esa es su «función» y por consiguiente cumple una función política y de poder pues la especie humana no puede dejar de tener «narrativas» y con ellas, cuando se instalan como poder (obviamente expresado en colectividades que la logran) coadyuvan a legitimarlo y preservarlo hasta que sea cambiada por otra «narrativa» y otra colectividad de poder.

Obviamente, ante una realidad conceptualizada, narrativizada, tal como la hemos demostrado con anterioridad al referirnos a los «dos Perús» en la metáfora Basadrina (la dualidad nacional), no caben más que «propuestas», estrategias de corrección también radicales. Cambio y reformas de envergadura mayor, cuasi anti sistémicas o pro sistémicas radicales para lograr la integración y eliminar la ancestral brecha nacional. Incluso para reafirmarnos nacionalmente dentro del sistema global mundial que se inauguró con Colón y que dio lugar al primer sistema colonial mundial de dominación económica post colon. En ese sentido la «narrativa» basadrina hacía «alianza» conceptual con los propósitos y objetivos de la revolución mexicana de 1910 y la reafirmación del posterior «charrismo» como fundamento de la integración nacional y la conformación autónoma de la nación mexicana. Se entroncaba también con la revolución soviética de 1917 y lo que con el tiempo se vendría a denominar las revoluciones democrático-burguesas formadoras del Estado nacional burgués antesala del estado socialista. También con las posteriores inclusiones anti-sistémicas de fines de los cincuenta, los «dependentistas» setentas e incluso los ochenta y los noventa «chavistas» latinoamericanos. La narrativa del «dualismo» recrea en nuestro imaginario interno como sociedad, un sistema económico social con alianza hacia el exterior, mediaciones hacia el interior —gamonalismo— y en su base fundacional se encuentra la primera acumulación globalizadora del capital comercial ultramarino que daría origen a los grandes sistemas imperiales europeos del siglo XVI en Adelante. Y con la imposición de la colonia y los estados burocráticos virreinales negándonos la realización de la autonomía nacional nos configura como colonias de hibridación cultural ajenos a nuestros propios designios como nación autónoma.

Era obvia, entonces, la estrategia radical anti-sistémica global colonial o como se la denomina desde el siglo XXI, decolonial, de acuerdo con la difusión que adquiriera con los trabajos de Quijano. Pero es obvio también que esta propuesta de «narrativa histórica» al aferrarse a una sobre simplificación presenta anomalías en su configuración. Por ejemplo, no observa que la situación colonial virreinal, al necesitar de los tributos indígenas y del trabajo de los indios organizó una estructura de protección legal a los propios indios, como fue el reconocimiento de los curacas que administraban los ayllus comunales y, por consiguiente, reconocimiento de las estratificaciones andinas anteriores a la conquista, que en cierto momento podían servir de contenedor ante los abusos que se propiciaban desde las autoridades coloniales. La república en ese sentido destruyó estos componentes de contención pues desconoció a los curacas, desconoció tierras y

propiedades a los ayllus comunales y propició la apropiación de estas hacia manos de los criollos post independentistas. Se puede sugerir entonces que la república a pesar de su discurso emancipador y liberador sobre los indios empeoró su situación. Obviamente, esto no debe llevar a no contemplar la depredación económica y social que se propició tras el ingreso colonial que se inició con la conquista.

Esta narrativa de la dualidad adquirió suma intensidad entre nosotros con la generación del centenario o generación del treinta. El propio J. C. Mariategui en su conocido ensayo sobre el regionalismo señala que a él no le interesa la «formalidad política» sino la «esencia» de la estructura:

[...] la polémica entre federalistas y centralistas, es una polémica superada y anacrónica como la propuesta entre conservadores y liberales. Teóricamente y prácticamente la lucha se desplaza del plano exclusivamente político a un plano social y económico. A la nueva generación no le preocupa en nuestro régimen lo formal —el mecanismo administrativo— sino lo substancial, la estructura económica. (Mariategui, 2005)

Se pueden reconstruir varios componentes interesantes en este escrito mariateguiano. Primero, lo que podrían ser los inicios de un enfoque estructural que décadas posteriores se configuraría como el conocido enfoque «Teoría de la Dependencia» en donde el énfasis estructural desplaza, por decirlo de una manera conocida, el énfasis sobre estructural. Mariategui, así, sería el precursor de ese enfoque surgida hacia finales de la década del sesenta en latino américa. Segundo, la desconexión con la formalidad de la política podría también leerse como no valoración de la democracia porque la segunda, la democracia, implica procedimientos, normatividades, sistemas legales reconocidos como base de sustentación de la convivencia social, por consiguiente, admite que se pueden establecer como «formalidad» que todos debemos seguir so pena de romper las formas de lo convivio. Lo formal no es accesitario como parece entender Mariategui («formal»), es inherente a lo social. Una segunda naturaleza, cultural, artificial, la social intrincada sobre la biológica. Los seguidores de lo estructural, inscritos en la narrativa de la dualidad social, desdeñan lo democrático o como denomina Mariategui, lo formal. Tercero, que la narrativa de la dualidad, por su afincamiento sobre lo estructural macro, se condice también con una propuesta de solución, esta vez, macro estructural. La salida de la dualidad va de la mano de grandes transformaciones estructurales y la base de ello está en el propio diagnóstico de la sociedad y su adscripción como «dual» desde su inserción con el mundo occidental. La importancia de esta narrativa es que todavía perdura y mantiene su vigencia como parte del imaginario de lo social entre nosotros y, obvio, cuando alcanza el poder se desplaza como un inusitado discurso de acción política.

Como tal la «narrativa» no es falsa o verdadera, está más allá de lo honesto o deshonesto. Se encuentra en el orden categorial de la «necesidad» hermenéutica de explicación social. ¿Cae en el registro de las ideologías? Si y no. Es ideológica pero también vital. No puede ser leída como falsa conciencia a lo Luckac's y se acerca mayormente a las disquisiciones de Zizeck (2003). Pertenece a la matriz imaginaria con la cual «construye» su existencia, su sentido, cada colectividad. No hay construcción social sin narrativa.

La narrativa «ventajas comparativas mercadista»

La segunda propuesta y narrativa conceptual está mucho menos delineada que la primera y aunque sus iniciadores se pueden encontrar en la generación del 900 y sobre todo en la figura de José de Riva Agüero y Osma, se discontinuó con los avatares políticos de los años treinta en adelante y reciclo recargadamente en los años noventa. Por lo mismo, sino desapareció del todo en ese largo ciclo de sesenta años, apareció velada y sobre encubierta por la primera narrativa que sí logró hacerse parte del sentido común nacional en ese mismo ciclo. Por eso mismo su estudio y análisis se indetermina en parte por su no cristalización sólida en el imaginario colectivo nacional. Su revitalización en los noventa no cuaja en un cuadro más completo y delineado, pero adquiere mayor presencia en los últimos años de la segunda década del siglo XXI. Esta narrativa señala que en el Perú la anterior figura metafórica de los dos Perús ya no tiene validez y, por consiguiente, y siguiendo con las metáforas gráficas, la Realidad nacional actual se proyectaría mayormente como un Rombo, es decir, en el cono superior una minoría privilegiada, en el inferior las minorías desprotegidas, pero en el medio del rombo clases medias tradicionales y emergentes. Una sociedad más integrada, con mayor desarrollo y que supera sus desigualdades estructurales es la que nos presenta al Perú (pre pandemia, para algunos autores). Esta es la figura propuesta por analistas sociales como Rodolfo Arellano en varios de sus libros. Típicamente se encuentra diseñado en sus dos primeros libros «Lima ciudad de los Reyes... los Pérez, los Quíspez» y en «Al medio hay sitio» Ahí también se encontraría la narrativa que ha creado Hernando de Soto en su libro «El Otro Sendero» en la cual convierte la sobre vivencia informal en empresarios populares informales.

Lo interesante es que según este segundo enfoque-narrativa las propuestas para solucionar los estructurales problemas sociales nacionales ya no se encuentran en realizar cambios radicales, sino seguir por la senda del mercado libre, las inversiones, el mercado y las exportaciones. Obviamente, profundizando la institucionalidad democrática, es decir, el Estado de Derecho. El tema de la gobernabilidad, legalidad, autonomía de poderes, institucionalidad, democratización, ciudadanización, fiscalización, etc. ingresa como un paquete teórico de aspiraciones socio-políticas.

Podríamos incluso señalar que esta «otra narrativa» también tiene un tiempo de recorrido histórico de arranque, desarrollo y expresiones en diversos autores. Arrancaría con el mestizaje hispanizante de José de la Riva Agüero y Osma, tal lo muestra en su libro «Paisajes peruanos», y también en otros miembros de la generación del 900. Tal como se conoce José de la Riva Agüero prácticamente redescubrió los escritos del Inca Garcilaso de la Vega retomándolo como referencia e impuso, a partir de ahí, la idea de un proyecto nacional para conformar la nación peruana que tenía como su base fundacional el mestizaje⁴. Es decir, el producto social y étnico que se formó a partir de la conquista española. Si Garcilaso de la Vega en el libro I de sus Comentarios reales habla de la sociedad de «Los «Reyes incas» y realiza una minuciosa historia de cómo se fue expandiendo el imperio desde sus inicios bajo Manco Cápac y posteriormente hasta alcanzar el auge con Pachacuti, si en el libro II, entre otros temas, se afina en la introducción que realizan los españoles de animales, productos agrarios, etc., y en el libro III nos habla de los vaivenes de la conquista y lo que sucedió entre los propios españoles, también podemos observar cómo va sumiendo escatología cristiana, que siglos posteriores, Schelling denominaría las «edades del mundo», en la cual en su edad final los hombres se reencuentran con el Dios cristiano. Así mismo, la conquista reencontraría a los indios con el Dios cristiano sacándolos del paganismo y oscurantismo inca. La conquista española, por consiguiente, no debe ser leída e interpretada como depredación y expoliación sino como una acción y liberación espiritual que los españoles inculcaron en nosotros. El nacimiento de una nueva cultura mestiza entre dos culturas previas —la occidental hispanizante y la autóctona quechua inca— produce una cultura mestiza de fusión e integración nueva, valiosa en sí misma que el propio Inca Garcilaso de la Vega no pudo clasificar y que sólo se resignó a denominarla «...un mundo nuevo». El mismo se denominaba algunas veces indio y algunas veces refiriéndose a sí mismo «...mestizo me lo llamo yo a boca llena y me honro de él». La cultura inca previa a la conquista posee sus riquezas, cualidades, tonalidades y coloridos previos que se ensamblan creativamente y que nosotros debemos saber ensalzar y admirar, pero después de la conquista y en los iniciales años de la colonia ya no puede ser la misma. Es por eso que el proyecto de nación de J. de la Riva Agüero es difundir, proyectar, integrar y organizar lo novedoso, rico y creativo de nuestro mestizaje nacido de la conquista. Ciertamente en algunos momentos su mestizaje, tal como se puede observar en sus dos tomos de «Paisajes peruanos»⁵, se inclina más por lo pangeográfico y material que lo étnico racial, al cual llega casi a desdeñar. Pero a su vez valora a los dirigentes de la casta administrativa india

4 Véase de José de la Riva-Agüero «El Inca Garcilaso de la Vega», en el Tomo II de sus «Obras completas», «Estudios de literatura peruana», Ediciones del Instituto Riva Agüero-PUCP. Lima 1999. Inicialmente presentado como conferencia del autor en 1916 bajo el título «Elogio del Inca Garcilaso de la Vega» y posteriormente editado por el mismo en 1936.

5 de la Riva-Agüero, José. *Paisajes Peruanos*, Tomos I-II, Ediciones Instituto Riva Agüero-PUCP, Lima 1955.

por lo que lograron; construir un Imperio como el Tawantinsuyo. Este asentarse más en lo geográfico que lo étnico social en J. de la Riva Agüero podría ser la base de la riqueza paisajística peruana que, posteriormente, podría adscribirse, en esta narrativa que inicia Riva Agüero, a la «teoría de las ventajas comparativas» que florecería en Europa a fines del siglo XVIII propuesto por el economista David Ricardo desde Inglaterra.

Ahí también se encontrarían, como un centro inicial de referencia los textos de Jorge García Calderón «El Perú contemporáneo», como los de Víctor Andrés Belaúnde, «Peruanidad» e incluso su texto sobre «La realidad nacional» en polémica con el que editó José Carlos Mariátegui. Son los inicios de una narrativa que se encarnaría en el civilismo de los dos Pardos, el padre, presidente del Perú entre 1872-1876 y el del hijo, presidente del Perú entre 1904-1908 y 1915-1919. Posteriormente más cercano al periodismo con la figura de Pedro Beltrán y su periódico «La prensa» en las décadas cuarenta y cincuenta, y en los sesentas con el grupo de Carlos Zuzunaga Flores y su grupo «Alianza para el desarrollo», los escritos periodísticos de Alfredo Salazar Larraín y pasaríamos posteriormente por los intentos desarrollistas americanistas de Alberto Ulloa y su diarios Expreso y terminaría calzando con la generación del 90 en autores como Althaus, Morelli, y algunos economistas de la Universidad del pacífico. etc.

La alianza conceptual sobre la que se apoyarían no es tanto en los grandes acontecimientos políticos como fueron la revolución mexicana y la de octubre, centros referenciales en la narrativa primera que hemos visto, sino con científicos analistas de nuestras ventajas comparativas. Von Humboldt descubriendo la riqueza del guano en nuestras islas del litoral, Raimondi y su famoso legado «del mendigo sentado en un banco de oro» hasta esa concepción que, traduciendo ese lema al caso nacional, culmina con el «país de los grandes recursos naturales». Cobre, oro, guano, salitre, caucho, pesquería, azúcar, algodón, petróleo, gas. La salida por consiguiente no sería nada radical sino mirando hacia adentro de nuestras propias riquezas saber cómo monitorearlas y no confundiéndonos con caminos autoritarios, anti sistémicos y totalizantes, encauzarnos por una sabia explotación de nuestras riquezas. Obviamente la exportación, la atracción de divisas, el crecimiento de tributos, la mejora de la balanza comercial, de capitales y fiscal, serían los resultados fructíferos en ese camino que esa narrativa nos muestra. Poco se dice que esa narrativa ahora denominada extractivista globalizadora capta eslabonamientos internos mínimos y termina des-industrializando avances industriales en actividades secundarias que se habían realizado bajo el ciclo populista desde los años cuarenta hasta los noventa.

Esta segunda narrativa, en confrontación con la primera, y reciclándose recargadamente en el siglo XXI con el favorecimiento y auspicio de las mass medios nacionales, y la opción política que introdujera Fujimori en los años noventa, la globalización neoliberal y el énfasis libre mercadista, se enraíza y hace alianza en teoría, a su vez, con la revalorización de la democracia y sobre todo con el Estado de Derecho y la institucio-

nalidad. Pero sobre ella podríamos muy bien aplicar lo que Kant señala en su conocido texto «Teoría y Práctica».

[...] en una palabra: que lo que es plausible en la teoría no tiene validez alguna para la práctica. (con frecuencia se expresa también esto así: esta o aquella proposición vale in thesi, pero no in hypothesi)» (Kant, 2004).

A este discurso, en su momento, el francés Francois Borricaud la denominaría «liberalismo criollo», es decir, buena en teoría, pero no en la práctica, es decir, liberales en el discurso pero oligarcas y excluyentes en la práctica social. Desde el siglo XXI en adelante estas dos narrativas van chocando y fraccionándose cada vez con mayor agudeza hasta conformar bloques ideológicos de fuegos y contrafuegos que van cruzando diversas dimensiones. Obviamente cruzan, la economía, los precios relativos, la relación bienes transable no transables, las políticas públicas y en especial las políticas de precios de bienes y mano de obra. La incidencia sobre el sector primario, secundario y el terciario, pero toca también la política como subsistema de resolución de conflictos (el modelo Eastmaniano), los enfoques del desarrollo, las legitimaciones constitucionales, el Estado de Derecho, y las consolidaciones institucionales. Cada «narrativa» se entreteteje en el enmarañado mundo de la semio-esfera nacional tal como señala Verón (2013) o mundo circundante ideográfico, al decir de Husserl, o como define Karl Popper el mundo de las ideografías.

La hegemonía en determinados momentos de una u otra ha producido ciclos diversos sobre el sentido común y como producto de esos ciclos se pueden ver avances y retrocesos en uno u otro orden que produce un balanceo que inclina el estado y el sistema política por una u otra opción y repercute en valores sociales, culturales y hábitos públicos. A fines del siglo XIX y con el segundo civilismo puesto en escena con la asunción del gobierno de Nicolas de Piérola y la conformación del posterior Estado oligárquico la narrativa de nuestras «ventajas comparativas» adquiriría preminencia. En ese sentido, tanto el interregno populista de Billinghurst (1912-1914) como el gobierno de Leguía, sin lograr alterar del todo esa narrativa, sería un paréntesis de reformas al interior de esa narrativa. Leguía, aun cuando por su lado busco una modernización urbana de Lima, al introducir al capital norteamericano como enclaves fundamentales de la economía nacional reforzaría, contradictoriamente, la narrativa «ventajas comparativas». Su caída en 1930 retomaría el camino indicado por la narrativa dual pero bajo «otros» gobiernos. Ahí se encontrarían el Gobierno de Benavides (1933-1939) como el primer gobierno de Prado (1939-1945). Pero el gobierno de Bustamante y Rivero acicateado y empujado por el Apra buscaría alterar esa narrativa extractivista primaria (léase «exportación de recursos naturales») hacia la opción de cerrar la brecha dualista —República campesina-República criolla— y retomando la necesidad de reformas (agraria, pro industrialistas,

etc.) alterar la dualidad mediante opciones modernizantes. Esa opción, se detendría bajo Odría y el ochenio pero no del todo y volvería sin mayor éxito empujada por los «hombres de la renovación» del primer belaundismo (1963-1968) pero sin un énfasis radical. Aparecería posteriormente en el momento del post Velascato, y reaparecer con mayores bríos en el discurso de campaña del Fredemo para, finalmente, adquirir carta de ciudadanía bajo el gobierno de Fujimori y los que lo continuaron del siglo XXI.

Al final de cuentas la narrativa industrialista modernizante, que retomaba la de los dos Perús (por eso el icono de Tupac Amaru II bajo el gobierno de Velasco Alvarado) y dejaba de lado la «narrativa» de Raimondi del mendigo sentado en un banco de oro, o sea la idea que según los clásicos de la economía política se denomina en la actualidad «La teoría de las «ventajas comparativas» (obviamente en alianza con el mercado libre mundial) sería retomada por el gobierno de Juan Velasco Alvarado y por eso, bajo su gobierno se enfatizó tanto el DIPA (Desarrollo industrial Peruano autosostenido) y el conjunto de reformas que realizo y que todos conocemos y, por eso, precisamente cuando esa narrativa industrialista modernizante cae a fines de los ochentas y nuevamente es reemplazada por el de las «ventajas comparativas» llevadas a cabo como Consenso de Washington por el gobierno de Fujimori, es demonizada como lo peor que le pudo pasar al Perú. Y ya sabemos el fin de esa historia. Fujimori pondría paños fríos a esa opción y se inclinaría, mediación del FMI y el Banco mundial bajo consenso de Washington, al regreso de las ventajas comparativas. Pero en las elecciones del 2021 nuevamente las dos narrativas —la que pretende cerrar las brechas de la «dualidad mediante reformas radicales y la que busca continuar el camino de las ventajas comparativas y desde ahí integrarnos al mundo sin mayores cambios radicales—, confrontan su interés hegemónico para imponerse una sobre otra.

Incluso si pudiéramos hacer un viaje retrospectivo hacia nuestro pasado ancestral podríamos señalar que el origen fundacional de las dos narrativas, o de nuestras narrativas históricas, se encuentran en esos iniciales autores productos del choque inmenso de esas dos civilizaciones que se encontraron-desencontraron al inicio de lo que actualmente somos. Garcilaso de la Vega en sus «Comentarios reales» (Garcilaso de la Vega, 1943) escrito en 1604 en España y Huaman Poma de Ayala (Huamán Poma de Ayala, 1980) y su «Crónica y buen gobierno» escrito en 1614 en Huamanga. Mientras el primero ensalza el mestizaje y habla de los hijos de los Incas integrándose a la religión cristiana, el segundo afirma que lo peor que trajeron los españoles eran los «curas doctrineros» y que el mestizaje «volvía putas de los españoles a las indias». Y mientras que el primero veía en el mestizaje la fusión y el ensamblaje de una nueva nacionalidad, el segundo, descartando el mestizaje, habla de la convivencia de dos reinos, el del los Incas y el de España, en que cada uno de ellos viva con sus propias costumbres, tradiciones y autonomías y respetos mutuos. Si hacemos una transposición mediante un ejercicio imaginativo prospectivo, traducido a la realidad social actual, en la primera —la de

Garcilaso— tendríamos una narrativa mayormente integracionista que es lo que buscó José de la Riva Agüero y Osma, mientras que en la segunda —la de Human Poma— una ruptura. Dos narrativas desencontradas en los inicios de nuestro imaginario histórico. Dos raíces conceptuales supervivientes hasta nuestra actualidad.

Regresemos ahora al centro de nuestro interés, cómo enforcar el estudio de la Realidad nacional teniendo en cuenta la perspectiva que nos brinda el enfoque de las «narrativas». Suponiendo que el interesado en el análisis de nuestra sociedad se incline por la primera o segunda narrativa como se dice ahora, el primer o segundo enfoque ¿debe analizar, enseñar y desarrollar sólo uno, situarse en el medio de ambos, o los dos?, ¿irse por el lado de sus preferencias descartando uno de los dos y sublimando sólo el cual es de su interés? Es aquí donde, tal como señalamos en la introducción, se encuentra la encrucijada «deontológica» del ejercicio de análisis e investigación en los temas de ciencias sociales que atañen al caso de la sociedad y realidad nacional. Como el analista e investigador y como tal, persona informada e idónea en esta área del conocimiento, no puede dejar de tener o adscribirse a una de ellas, tanto de manera inintencional e inercial cuando una de las dos narrativas hegemoniza el espacio cultural nacional o de manera intencional cuando se conoce qué es lo que está en juego en el mundo ideográfico que lo contextualiza. ¿Debe enfatizar sólo la que el considere correcto con su diagnóstico y sus propuestas? No, pues caería en una posición «ideológica» en la exposición.

La posición en la ética del análisis (deontología analítica) nos señala que se debe valorar los varios en enfoques aun cuando sean disimiles y opuestos, para que sea el propio consumidor de las narrativas el que obtenga su usufructo con discernimiento y no como, y tal como dice Vattino, un «consumidor consumido» en las diferentes narrativas que cotidianamente lo consumen y desinforman. No se puede estar fuera del relato y la narrativa como que tampoco se puede estar en una sola narrativa so pena de perderse en la sobre ideologización, como parece estar sucediendo actualmente en nuestro que hacer informativo cotidiano. Con las herramientas conceptuales, categorías, acontecimientos, hitos históricos y estadísticas mostradas cabalmente que las diversas narrativas entregan para lograr verosimilitud y consolidar hegemonía, cada quien podrá tomar su propia decisión y aceptación de una u otra narrativa. De esa forma se mantiene la Deontología analítica del analista hermenéutico y la «democratización» en la enseñanza-facilitación como objetivo hacia la formación del discente.

Pero el «uso» de la «narrativa», denominada también interpretación, enfoque, perspectiva, mirada, discurso etc., tiende a convertirse en indispensable. Si toda realidad nacional debe ser interpretada desde un eje ordenador, desde un discurso central, llámese a esta narrativa, enfoque, concepción, no puede dejar de convertirse en una herramienta ineludible en el campo de las ciencias sociales y las interpretaciones de la Realidad Nacional en la cual habitamos. Recordemos, además, que toda narrativa, concluye en una estrategia de solución de macro problemas nacionales.

Pero ¿cómo se condice el auge de las «narrativas» como herramienta conceptual de la cultura de masas para el conocimiento de lo social? La teoría de lo social y los aspectos cognitivos que ella encierra en el siglo XXI están pasando por una profunda transformación de sus dispositivos interiores conceptuales. Expresado a través de la aparición de disimiles y encontradas escuelas entre las cuales se encuentran el estructuralismo y el post estructuralismo, el fundacionalismo y el post fundacionalismo, la hermenéutica, y el debate postmodernista, la neolingüística y su incorporación intensa en las ciencias sociales, el culturalismo y los estudios críticos literarios, y otras y diversas escuelas como etnometología, multiculturalismo, colonialidad y decolonialidad sistémica etc. que proviniendo algunas desde el siglo xx y continuando con variantes y reposiciones a su interior continúan hasta la actualidad, han transformado y van transformando profundamente el panorama teórico de las ciencias sociales. Y cuando ellas se transportan a su difuminación hacia la cultura de masas —léase periodismo en sus diversas variantes: escriturales, televisivas, gráficas, electrónicas, virtuales, etc.— nos encontramos situados en lo que hace un tiempo atrás un autor como Scott Lash (Lash, 2005) señalaba: a más información más desinformación. Y en esa proliferación y astillamiento de las teorías de lo social, en medio del auge de los *fake news* y el pase de lo representacional a lo presentacional, es decir, de que ahora la platea, masa o coro, como se caracterizaba a la mayoría social en los tiempos helénicos, habla y se expresa en un sin número de variantes a través del auge de los dispositivos virtuales de masas y, por consiguiente, en el también auge y emergencia de multidiversas opiniones. Así, vemos emerger en medio de ellas el auge del «interpretacionismo», una de las características innatas de la teoría de lo social y su consiguiente derivación hacia las «narrativas».

Después de todo este auge de las narrativas no es mas que un reconocimiento a uno de los dispositivos de la propia naturaleza epistemológica de las ciencias sociales. La incesante lucha por entender y asir la realidad que nos rodea y darle una configuración de ordenamiento conceptual para situarnos frente a ella. Del caos al orden o al poderoso ordenador como Gilmanesh en la mitológica religión persa construyendo su propia narrativa. Pero, como en esa construcción interviene tanto el hombre como constructor y como consumidor de sus propios productos epistemológicos, como interprete y legislador como señala agudamente Baumann, con la carga de subjetividad y de mundo interior del que no puede deshacerse so pena de desaparecer como humanidad o lo que Borges señalaba «...un libro de arena», cada colectividad, cada «colección de individuos» o cada minoría activa al decir de Moscovici, lanza su propia narrativa reiterativamente, sin principio ni final, tantas como «uvas hay en las viñas... no del señor, sino en las uvas de la vida proliferante y desmesurada de la humanidad». La «narrativa» es su condición de libertad imaginatoria pero también puede ser su cárcel paranoica.

Referencias

- Basadre, Jorge (1931) *Perú: Problema y posibilidad*. Lima: Ediciones Rosay.
- Borges, Jorge Luis (2021). *El libro de Arena*. Buenos Aires: Ediciones de Bolsillo.
- Elster, Jon (1989). *Ulises y las Sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Habermas, Jurgen (1990). *Conocimiento e interés*. Buenos Aires: Taurus Humanidades.
- Habermas, Jurgen (1975). *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Buenos Aires: Amorrurtu.
- Kant, Immanuel (2004). *Teoría y práctica*. Madrid: Tecnos.
- Koyre, Alexander (2007). *Estudios de historia del pensamiento científico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Latour, Bruno y Steve WOOLGAR (1979). *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza Universidad.
- Mariátegui, José Carlos (2005). «Regionalismo y centralismo», en *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Peruanos imprescindibles.
- Morner, Magnus (1974). *Estado, raza y cambio social en la Hispanoamérica colonial*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Nietzsche, Friedrich (1989). *La Gaya Ciencia*. Madrid: Ariel.
- Poma de Ayala, Felipe Huamán (1980). *Nueva crónica y buen Gobierno*. México: Siglo XXI.
- Portocarrero, Gonzalo (2013). «La utopía del blanqueamiento y la lucha por el mestizaje», en Grinson, A. y K. Bidaseca *Hegemonía cultural y políticas de la diferencia*. Buenos Aires: Clacso.
- Quijano, Aníbal (2014). «Colonialidad del poder, Eurocentrismo y América Latina», en *Cuestiones y horizontes: de la dependencia histórico-estructural a la colonialidad-decolonialidad del poder*. Buenos Aires: Clacso.
- Riva-Agüero y Osma, José de la (1955). *Paisajes peruanos*, T. I y II. Lima: Instituto José de la Riva Agüero.
- Riva-Agüero, José de la (1999). «El Inca Garcilaso de la Vega». *Obras completas*, T. II, «Estudios de literatura peruana». Lima: Instituto José de la Riva Agüero.
- Spalding, Karen (1974). *De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- Scott, Lash (2005). *Crítica de la información*. Buenos Aires: Amorrurtu.
- Vega, Inca Garcilaso de la (1943). *Comentarios reales de los Incas*, Vol. I y II. Buenos Aires: Emece.
- Verón, Eliseo (2013). *La semiosis social, 2, Ideas, Momentos, Interpretantes*. Buenos Aires: Paidós.
- Zizek, Slavoj (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI.